

vida en que, al decir del lugar, se igualan los centenos, se nivelan las fuerzas de padres e hijos y el padre ha de saber ahogar en su ser todos los atributos que lo impulsaron antes para dejar el paso libre al hijo, sin más ilusión que la de verlo, ni más satisfacción que la de consolarlo, cuando muestre los rasguños de las zarzas del camino! ¡Pero qué maravilla de sentimiento el del padre, cómo reverdece a la menor insinuación del hijo y se entrega gozosamente a su complacencia!

Al parentesco se suma en estas circunstancias, agravándolo, el problema de la edad, de jóvenes y viejos.

«¡Pero, Señor, si es tan niña!

¡Pero, Señor, si es tan vieja!».

Problema eterno, que me hizo ver antes que nadie un Médico de Alcázar, muy ponderado, pero de mucha entereza y un amor propio insuperable, percibido por poca gente: D. Mariano Martínez Olarte, señalándome lo difícil de que se entiendan los Médicos de diferentes generaciones,

Siempre hubo y habrá, pues, ese problema, porque el joven, a pesar de ver que lo que hace es lo único que no se le olvida, no comprenderá hasta que le suceda que, como dice Azorín, «solo el dolor y el placer vividos dan al ser humano una sabiduría profunda, íntima y que lo que no se ha ido viendo a lo largo de la vida no se puede aprender en los libros».

El viejo, por su parte, no dejará de sentirse joven, sin que pueda quitarle nadie esa ilusión que el mundo desearía verle perder.

Por mi parte, en estas correrías alcazareñas a que me ha llevado el sentimiento, puedo decir que vivo entre las personas que ví a cierta distancia

siendo chico. No noto que haya disminuido mi admiración y respeto hacia ellas; noto un acercamiento, pero no me siento igual a ellas, las sigo viendo mayores, algunas viejísimas y yo muchacho, sin percibir en ningún sentido que el tiempo me haya convertido a mí en lo que eran ellas entonces y mucho menos comprender que los chicos de ahora puedan considerarme a mí como considero yo a los antiguos, sin posibilidad ni deseo de igualarme a ellos. ¡Es maravilloso este íntimo sentir!

De considerarme yo a nivel de las personas cuya vida comento, tal vez las viera de otra forma, por aquello de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, pues les vería más claramente sus flaquezas.

Recuerdo ahora que del mismo don Magdaleno me decía Bonardell, ya maduro y lleno de amarguras profesionales; «pero, muchacho, si no hace nada, si no mira a nadie, no hace más que soplar y decir lo que se le ocurre rotundamente». Esto, Bonardell, que es tanto como decir la prudencia y el comedimiento personificados, pero en su expresión alentaba el sentir de la convivencia, el conocimiento, y un rescoldo del necesario impulso juvenil de renovación que no se produciría con el acatamiento absoluto. Y no era yo la menor causa en el impulso retardado de Bonardell.

¡Qué pena de padres! dicen las sensatas y comprensivas mujeres alcazareñas, al sentirse juzgadas con rigor y desdén en sus hábitos, en su indumentaria, en sus gustos, en su necesidad, que nadie toma en cuenta, a no ser para reprocharla, para juzgarla con esa severidad única, propia, como ellas dicen, del hijo «descagalado».

«¡Pero, Señor, si es tan vieja!

¡Pero, Señor, si es tan niña!».